

situacion, pues, era menester suspender las hostilidades y esperar.—El gran visir y Kleber consentian en ello, pero con condiciones inconciliables. Quería el gran visir que se le entregase el Cairo; y Kléber por el contrario quería que el visir retrocediese hasta la frontera. En semejante estado de cosas, pelear era el único recurso.

El 20 de marzo de 1800 (29 de ventoso del año VIII) antes de rayar el día, salió del Cairo el ejército francés y se desplegó en las ricas llanuras que rodean el Nilo, teniendo el río á la izquierda, el desierto á la derecha, y enfrente, aunque á lo lejos, las ruinas de la antigua Heliópolis. La noche, casi luminosa en aquellos climas, facilitaba las maniobras sin hacerlas por eso perceptibles al enemigo. El ejército se formó en cuatro cuadros; dos á la izquierda bajo las órdenes del general Reynier y otros dos á la derecha bajo las del general Friant. Componíase cada cuadro de dos medias brigadas de infantería formadas en muchas líneas. En los ángulos, y por la parte de afuera estaban las compañías de granaderos de espaldas á los cuadros mismos, sirviéndoles de refuerzo durante la marcha ó las cargas de caballería, y destacándose para volar al ataque de las posiciones defendidas, cuando el enemigo quisiera apoderarse de algun punto. En el centro de la línea de batalla, es decir, entre los dos cuadros de la izquierda y los dos de la derecha, hallábase la caballería formada en masa, reforzando sus alas la artillería ligera. A corta distancia detrás y hácia la izquierda habia otro cuadro menor que los anteriores, y el cual estaba destinado á servir de reserva. El número de las

tropas que Kléber acababa de reunir en aquella llanura de Heliópolis, podia calcularse en poco menos de diez mil hombres. Estas tropas esperaban á pie firme y tranquilas.

Empezaba á despuntar el día y Kléber, que desde que era general en jefe, desplegaba para imponer á los egipcios, una especie de lujo, vestía un rico uniforme, montado en un caballo de gran alzada, presentaba á los soldados aquella noble figura que con tanto placer contemplaban ellos, y cuya altiva hermosura les infundia tanta confianza.—Amigos míos, les dijo al recorrer sus filas, no poseéis ya en Egipto mas que el terreno que teneis bajo vuestras plantas. Si retrocedéis un solo paso sois perdidos!—Su presencia y sus palabras fueron recibidas con el mayor entusiasmo, y en cuanto fué de día dió la orden de marchar adelante.

No se divisaba todavía mas que una parte del ejército del visir. En la llanura del Nilo que se estendia á nuestra vista, veíase el pueblo de Matarieh que los turcos habian fortificado. Habia allí una avanzada de cinco ó seis mil genizaros, muy buenos soldados, y escoltados por algunos miles de caballos. Un poco mas allá otra porcion de tropa parecia como que pensaba deslizarse entre el río y nuestra ala izquierda, para ir á sublevar el Cairo por nuestra retaguardia. Al frente, pero mucho mas lejos, las ruinas de la antigua Heliópolis, un bosque de palmeras, y muchas quebraduras del terreno ocultaban á la vista de nuestros soldados el grueso del ejército turco. Todas estas tropas podian calcularse en setenta ú ochenta mil hombres, contando el cuerpo princi-

cuerpo situado en El-Matarieh, y el destacamento que se hallaba en marcha para penetrar en la ciudad de Cairo.

Dispuso Kléber al principio que un escuadron de guías á caballo cargase al destacamento que maniobraba sobre nuestra izquierda, con el objeto de penetrar en el Cairo. Lanzáronse los guías á galope sobre aquella confusa tropa y los turcos que jamás temian á la caballería, recibieron el choque y le devolvieron á su vez. Ya habian envuelto completamente á nuestra caballería, aun iban á destrozarla, cuando Kléber envió en su auxilio al regimiento de cazadores número 22 y al 14 de dragones, los cuales cayendo sobre aquel espeso tropel, en cuyo centro estaban ya envueltos los guías, los dispersaron á sablazos y los pusieron en fuga. Los turcos se alejaron entonces hasta perderse de vista.

Hecho esto, Kléber se apresuró á atacar el pueblo fortificado de El-Matarieh, antes que tuviese tiempo de llegar el grueso del ejército enemigo. Encargó esta empresa al general Reynier con los dos cuadros de la izquierda; y el mismo Kléber haciendo un movimiento de conversion con los dos cuadros de la derecha tomó posicion entre El-Matarieh y Heliópolis á fin de impedir que el ejército turco viniése al socorro de la posicion atacada.

Apenas llegó Reynier junto á El-Matarieh, destacó las compañías de granaderos que apoyaban los ángulos de los cuadros, y les mandó que cayesen sobre el pueblo. Avanzaron estas compañías, formando dos pequeñas columnas. Los bizarros genizaros no quisieron esperarlos y les sa-

lieron al encuentro; pero recibiendo á pié firme nuestros granaderos, les hicieron una descarga de fusilería á boca de jarro, les mataron un gran número, y los recibieron luego á bayoneta calada. Mientras la primera columna de granaderos atacaba de frente á los genizaros, los cogía la segunda por el flanco y acababa de dispersarlos; y arrojándose despues sobre El-Matarieh las dos columnas reunidas en medio de una granizada de balas, cayeron á bayoneta calada sobre los turcos que todavía continuaban resistiendo, y despues de una gran carnicería quedaron dueños de la posicion. Los turcos huyeron hácia el llano, y reuniéndose á los que acababan de dispersar los guías, los cazadores y los dragones, corrieron desordenados hácia el Cairo bajo el mando de Nassif-Pachá; lugar-teniente del gran visir.

El pueblo de El-Matarieh, lleno de despojos de efectos á la manera de los orientales, ofrecia un rico botin á nuestros soldados. Pero esto no les sirvió de detencion ni estorbo; soldados y generales conocieron la necesidad de no verse sorprendidos en medio de una poblacion por el grueso de las tropas turcas. El ejército, recobrando poco á poco el orden que guardaba por la mañana, se adelantó por la llanura, siguiendo formado en muchos cuadros y con la caballería en medio. Al atravesar las ruinas de Heliópolis, divisó una nube de polvo que se levantaba en el horizonte y avanzaba rápidamente hácia nosotros. A la izquierda se veia el pueblo de Seriagous; y á la derecha en medio de un bosque de palmeras el pueblo de El-Merg, situado á orillas de un lago pequeño llamado el Lago de los peregrinos. Entre

estos dos pueblos se extendía una pequeña loma. De repente paróse aquella móvil columna de polvo, se disipó en seguida á una ráfaga de viento, y dejó ver al ejército turco, formando una larga línea flotante desde Seriagous hasta El-Merg. Colocada sobre aquella loma, dominaba algun tanto el terreno en que se habian desplegado nuestras tropas. Kléber dió entonces órden de avanzar. Reynier marchó hácia Seriagous con los dos cuadros de la izquierda; y Friant con los dos de la derecha, se dirigió hácia El-Merg. Habia repartido el enemigo un gran número de tiradores delante de las palmeras que rodeaban á El-Merg, pero un combate entre tiradores no podia servirle de mucho con unos soldados como los nuestros. Friant destacó algunas compañías de infantería ligera, que hicieron meterse desde luego á los tiradores en la confusa masa de su ejército. El gran visir estaba allí, en medio de un grupo de gente de á caballo, cuyas armaduras resplandecian al sol. Algunos tiros de obus, dispersaron aquel grupo. Quiso el enemigo contestar con su artillería pero sus balas mal dirigidas pasaban por encima de la cabeza de nuestros soldados. A poco tiempo fueron sus piezas desmontadas por las nuestras, quedando fuera de combate. Entonces se vieron mover los infinitos estandartes del ejército turco, y á una parte de sus escuadrones venir desde el pueblo de El-Merg sobre los cuadros de la division de Friant. Las profundas grietas del terreno, efecto natural de un sol ardiente en una tierra que está mucho tiempo inundada, estorbaban por fortuna la impetuosidad de los caballos. El general Friant los dejó acercarse, les mandó hacer algu-

nos disparos de metralla casi á boca de jarro y puso algunos centenares fuera de combate. En seguida se retiraron en desorden. No era esto sino el preludio de un ataque general, al que visiblemente se preparaba el ejército turco. Nuestros cuadros les esperaban á pié firme; dos á la derecha, dos á la izquierda, y la caballería en medio presentando un frente y cubierta por dos líneas de artillería. A la señal dada por el gran visir, toda aquella masa de caballería turca se pone en movimiento, y se lanza sobre nuestros cuadros, se estiende por sus alas, las rodea y muy pronto envuelve los cuatro frentes de nuestro órden de batalla. La infantería francesa, á la cual no turban un punto ni los gritos, ni el movimiento, ni el tumulto de la caballería turca, permanece serena con la bayoneta calada y haciendo un fuego continuo y bien dirigido. En vano, se mueven y remueven á su alrededor mil pelotones de caballos, porque cayendo heridos por la metralla y por las balas, rara vez llegan hasta las bayonetas mismas, y espiran á sus pies, ó vuelven caras y huyen para no volver á presentarse.

Después de larga y espantosa confusion, el cielo, oscurecido por el humo y el polvo, se aclaró al fin; descúbrese el terreno, y nuestras tropas victoriosas descubren delante de ellas multitud de hombres y de caballos muertos ó moribundos; y á lo lejos tanto como podia alcanzar la vista, vandas de fugitivos que corrian en todas direcciones.

El grueso del ejército turco se retiraba efectivamente hácia El-Kangah, donde habia acampado la noche anterior en el camino del bajo Egipto. Algunas gavillas solamente se dirigian á reunirse

con las tropas que por la mañana se encaminaban hácia el Cairo, llevadas por Nassif-Pachá, lugar-teniente del gran visir.

Kleber no queria dejar reposo alguno al enemigo, nuestros cuadros conservando el mismo orden de batalla atravesaron la llanura á paso rápido, pasando por Seriagous y El-Margy avanzaron hasta El-Kangah, donde llegaron por la noche; pero el enemigo viéndose acosado de cerca se puso nuevamente á huir en desorden, dejando en poder de nuestro ejército los viveres y bagajes de que tanta necesidad tenia.

De esta suerte sucedió que en la llanura de Heliópolis diez mil soldados dispersaron á setenta ú ochenta mil enemigos, por el ascendiente de su disciplina, por su valor y serenidad. Mas, para alcanzar un resultado mas positivo que el de dejar tendidos sobre el polvo algunos millares de muertos y heridos, era menester perseguir á los turcos, y arrojarlos al desierto, para que allí perecieran de hambre, de sed, y por los alfanges de los árabes. El ejército frances estaba sin embargo estenuado de fatiga, y Kléber tuvo que concederle algun descanso, aplazando la persecucion para el día siguiente.

Por nuestra parte apenas tuvimos doscientos ó trescientos entre muertos y heridos, porque en esta clase de combates, una tropa formada en cuadros que no se han dejado romper, no suele tener gran pérdida. Kléber en aquel momento oyó el estampido del cañon hácia la parte del Cairo, y sospechaba que los cuerpos que habian dado la vuelta por su izquierda, habrian ido á favorecer la insurreccion de aquella ciudad. En

efecto Nassif-Pachá, lugar-teniente del visir é Ibrahim-Bey, uno de los dos gefes mamelucos, habian entrado en su recinto con doscientos mamelucos, ocho ó diez mil caballos turcos y algunos paisanos insurreccionados en aquellas cercanias, componiendo entre todos como unos veinte mil hombres. Kléber que apenas habia dejado en aquella gran capital dos mil hombres repartidos entre la ciudadela y los demas fuertes, dió orden al general Lagrange para que marchase á media noche en su socorro con cuatro batallones, y previno á todos los gefes de las tropas que habian permanecido en el Cairo, que ocupasen fuertes posiciones, y que se mantuviesen en comunicacion unos con otros, pero que no aventurasen antes de su vuelta ataque alguno decisivo. Temia Kléber que cometiesen alguna imprudencia que pudiera comprometer inútilmente la vida de sus soldados, la cual se iba haciendo cada día mas preciosa, á medida que era mayor la necesidad de permanecer en Egipto.

Mientras habia durado la batalla, Murad-Bey, segundo gefe de los mamelucos, el mismo que en otro tiempo habia compartido con Ibrahim-Bey la dominacion del Egipto; Murad-Bey que se distinguia de su cólega por un valor brillante, una generosidad caballeresca, y mucha inteligencia, habia permanecido á los costados del ejército turco, inmovil y al frente de seiscientos escogidos ginetes. Al terminarse la batalla, penetró en el desierto y desapareció, obrando de esta manera en virtud de una palabra que habia dado á Kléber. Murad-Bey, trasladado recientemente al cuartel general del visir habia sentido renacer en su cora-

zon la rivalidad que hacia mucho tiempo dividia á los turcos y á los mamelucos; y comprendiendo que los turcos querian recuperar á Egipto, no para devolverle á los mamelucos, sino para poseerle ellos mismos, habia tratado de acercarse á los franceses con objeto de formar con ellos una alianza si triunfaban, ó de sucederlos si eran vencidos. Sin embargo, obrando con prudencia, no habia querido declararse abiertamente mientras no hubiesen comenzado difinitivamente las hostilidades, y solo habia prometido á Kléber pronunciarse en su favor despues de la primera batalla. Dada esta, como fuese gloriosa para los franceses, su simpatia hácia ellos por fuerza hubo de crecer en gran manera, y desde luego podiamos esperar tenerle dentro de pocos dias por amigo y aliado.

A la mitad de la noche que habia sucedido al dia de la batalla, y despues de algunas horas de descanso concedidas á las tropas, mandó Kléber tocar diana y se puso en marcha hacia Belbeis, á fin de no dejar á los turcos tomar aliento. Llegó Kléber á este punto al dia siguiente muy temprano, que era el 24 de marzo (30 de ventoso) cuando ya el visir habia pasado de Belbeis en su rápida fuga, dejando en el fuerte y en la ciudad un cuerpo de infanteria y unos mil caballos en la llanura. A la aproximacion de nuestras tropas huyó aquella caballeria. Desalojamos á los turcos de la ciudad obligándolos á encerrarse en el fuerte donde despues de disparar algunos cañonazos á que correspondimos, la falta de agua y el espanto los decidieron á rendirse. No obstante las tropas turcas eran sumamente fanáticas, y algunas

de ellas consintieron en dejarse matar mejor que entregar sus armas. Entretanto reconociendo el terreno la caballeria del general Leclerc se apoderó de una gran caravana de camellos que se dirigia hácia el Cairo, y que llevaba los equipages de Nassif-Pachá y de Ibraim-Bey. Esta captura descubrió mas claramente á Kléber el verdadero proyecto de los turcos, que consistia en insurreccionar no solamente la capital, sino todas las grandes ciudades de Egipto. Enterado de este plan, y viendo que el ejército turco no hacia alto en parte alguna, envió al general Friant con cinco batallones sobre el Cairo para que apoyase á los otros cuatro que habian salido el dia anterior de El-Kangah bajo las órdenes del general Legrange.

Al dia siguiente 22 de marzo (1.º de germinal) se puso Kléber en marcha para Salahieh, precediéndole el general Reynier á la cabeza de la division de la izquierda y siguiéndole el mismo Kléber con los guias y el séptimo de húsares. Iba despues el general Belliard con su brigada, resto de la division de Friant. Recibiose en el camino un mensaje del gran visir pidiendo negociaciones, al cuál se respondió con una negativa; y al llegar cerca de Karaim que estaba á la mitad del camino de Salahieh, se oyó un fuego de cañon; y poco despues se descubrió la division de Reynier formada en cuadro y combatiendo con una multitud de caballos. Despachó Kléber órdenes á Belliard para que apresurase su marcha, mientras que él se aproximaba con la caballeria á toda prisa al cuadro de Reynier; pero al ver esto los turcos que atacaban á la division de Reynier,

queriendo mejor habérselas con la caballería que con la infantería francesa, se replegaron para caer sobre los guías, y el séptimo de húsares que Kléber llevaba consigo. Fué tan repentina su carga, que la artillería ligera no tuvo tiempo bastante para ordenar sus baterías. Los que la conducían fueron acuchillados sobre las piezas mismas; y Kléber con los guías y los húsares se vió por un momento en el mas inminente peligro, especialmente porque los habitantes de Karaim, creyendo que aquel puñado de franceses estaba perdido, habían acudido con horquillas y hoces para acabar con ellos. Pero Reynier envió en su ayuda al momento el 14 de dragones, desembarazando con suma oportunidad á Kléber, y llegando al mismo tiempo con su infantería Belliard que había forzado el paso, fué vencido el enemigo perdiendo algunos centenares de hombres.

Deseoso Kléber de llegar pronto á Salahieh, apresuró su marcha; dejando para su regreso el castigar á Karaim. Hacia aquel día un calor sofocante; soplabá el viento del desierto, y se respiraba con un aire abrasador un polvo sutil y penetrante. Hombres y caballos estaban estenuados de fatiga. Nuestros soldados llegaron por fin á Salahieh á la caída de la tarde. Se hallaban ya junto á la misma frontera de Egipto á la entrada del desierto de Siria, y Kléber se preparaba para dar al día siguiente la última acción contra el gran visir. Pero al principio de este día, que era el 23 de marzo (2 de germinal) vinieron á su encuentro los habitantes de Salahieh anunciándole que el visir huía en el mayor desorden. Corrió Kléber á cerciorarse de ello y viendo por sí mismo

este espectáculo, pudo conocer hasta que punto se había exagerado la importancia de los ejércitos turcos.

El gran visir con quinientos caballos escogidos había penetrado en el desierto con algunos equipages. El resto de su ejército huía en todas direcciones; una parte de él corría hácia el Delta; otra que se había quedado en Salahieh, imploraba compasión de rodillas; y otra en fin que había intentado refugiarse en el desierto, perecía al filo de los alfanjes de los árabes. Estos últimos después de haber acompañado al ejército turco se habían quedado en la frontera sabiendo que por una ú otra parte había de haber vencidos y por consiguiente botín de que apoderarse. No se equivocaron, pues encontrándose con el ejército turco completamente desalentado é incapaz de defenderse aun de ellos mismos, degollaban á los fugitivos para robarlos. Cuando llegó Kléber habían ya invadido el campamento abandonado del visir, y se habían arrojado sobre él como una vandada de aves de rapiña; pero al ver á nuestro ejército montaron en sus ligeros caballos y huyeron velozmente dejando á nuestros soldados despojos abundantes. Había en el espacio de una legua cuadrada una multitud infinita de tiendas, de caballos y de cañones, gran número de sillas y jaeces de toda especie, cuarenta mil herraduras, abundancia de víveres, ricos vestidos y muchos cofres abiertos ya por los árabes, pero llenos todavía de esencia de aloe, de telas de seda, y de todos los objetos en fin de que se componía el lujo bárbaro y brillante de los ejércitos orientales. Al lado de doce literas de madera esculpida y

dorada hallábase un carruage montado á la europea y de construccion inglesa y algunas piezas de cañon con la divisa: *Honni soit qui mal y pense*; señal indudable de la parte activa que tenian los ingleses en aquella guerra.

Nuestros soldados, que nada habian llevado consigo, encontraron en el campamento turco víveres, municiones, un rico botin, y objetos cuya singularidad los movia á risa á lo cual siempre estaban dispuestos despues de leves instantes de tristeza. ¡Estrano poder ejerce el estado del ánimo en los hombres! ¡Aquellos soldados vencedores hoy no querian ya abandonar á Egipto ni se consideraban como condenados á morir en lejano destierro! Despues de haberse asegurado Kléber con sus propios ojos de que el ejército turco habia desaparecido, determinó volver atrás para acometer de nuevo á las ciudades del bajo Egipto y especialmente al Cairo, para lo cual dió las disposiciones siguientes. Los generales Rampon y Lanusse tuvieron encargo de recorrer el Delta; Rampon habia de marchar sobre la importante ciudad de Damietta que estaba en poder de los turcos, y recobrarla. Lanusse debia mantenerse en comunicacion con Rampon, limpiar de enemigos el Delta desde la ciudad de Damietta hasta la de Alejandria, y someter sucesivamente á los pueblos sublevados. Belliard tenia la mision general de apoyar estas diferentes operaciones, y la especial de auxiliar á Rampon en su ataque á Damietta y el recobrar por sí el fuerte de Lesbeh, que cierra una de las bocas del Nilo. Dejó Kléber ademas á Reynier en Salahieh para impedir la vuelta á los restos del ejército turco que habian

penetrado en el desierto de Siria. Este debia permanecer en observacion sobre la frontera hasta que los árabes hubiesen dispersado completamente á los turcos, y volver en seguida al Cairo. Finalmente, Kléber mismo se puso en marcha al dia siguiente 24 de marzo (3 de germinal) con la 88.^a media brigada, dos compañías de granaderos, el 7.^o de húsares y el 3 y el 4 de dragones.

El 27 de marzo llegó Kléber al Cairo. Graves acontecimientos habian pasado allí desde su marcha. La poblacion de aquella gran ciudad, que llegaba á cerca de trescientos mil habitantes, ligera, apasionada, voluble como toda muchedumbre, habia cedido á las sugestiones de los emisarios turcos y se habia lanzado sobre los franceses luego que oyó tronar el cañon de Heliópolis. Acudiendo toda ella á las murallas de la ciudad durante la batalla, y viendo á Nassif-Pachá é Ibrahim-Bey al frente de algunos miles de caballos y genizaros supuso desde luego á estos vencedores. Guardáronse bien los que los habian sublevado de desengañarla, asegurándole por el contrario que los franceses acababan de ser destrozados y que habia alcanzado el visir una victoria completa. A esta noticia se levantaron cincuenta mil hombres en el Cairo, en Boulaq y en Gyzeh; los cuales armados de alfanjes, lanzas y fusiles viejos, trataban de acabar con los franceses que habian quedado entre ellos. Pero dos mil hombres atrincherados en la ciudadela y en los fuertes que dominaban á la ciudad, provistos de víveres y municiones, amenazaban con una resistencia difícil de vencer, despues de haberse replegado á tiempo casi todos y de haber conse-

guido encerrarse en los puntos fortificados. De entre estos habían corrido gravísimo peligro los doscientos hombres que guarnecieron la casa del cuartel general. Esta hermosa casa, ocupada primero por el general Bonaparte, y luego por Kléber y las principales oficinas de la administración, estaba situada en una de las estremidades de la ciudad, y caía por un lado á la plaza de Ezbekyeh, plaza la mas hermosa del Cairo, y por otro á los jardines situados en las márgenes del Nilo. Los turcos y la plebe amotinada quisieron invadir la casa y pasar á cuchillo á los doscientos franceses que la ocupaban. Erales esto tanto mas fácil cuanto que el general Verdier que mandaba en la ciudadela situada al otro lado del Cairo no podia venir á socorrerlos. Pero los bizarros soldados que habia en la casa del cuartel general, ya con un fuego bastante nutrido y ya por medio de salidas audaces, se portaron tan bien, que contuvieron á aquella feroz multitud; y dieron tiempo para que llegase el general Lagrange; el cual, como ya se ha visto, habia salido para el Cairo con cuatro batallones, el mismo dia de la batalla. Llegó al dia siguiente, entró por los jardines, y desde luego hizo inexpugnable la casa del cuartel general.

Viendo los turcos que no habia medio de vencer la resistencia de los franceses, se vengaron en los infelices cristianos que tenian á la mano, comenzando por asesinar á parte de los habitantes del Barrio europeo, matando á muchos comerciantes, saqueando sus casas, y robándoles á sus hijas y mugeres. Fueron en seguida en busca de los árabes, á quienes acusaban de vivir

en buena armonía con los franceses, y de beber vino con ellos; y los degollaron, entregándose segun costumbre al saqueo. Empalaron á un árabe que habia sido gefe de los genizaros durante el mando de los franceses, y que tenia á su cargo la policia del Cairo, haciendo lo mismo con el secretario del divan establecido por el general Bonaparte. Trasladáronse desde allí al Barrio de los cophtos, los cuales es sabido que son descendientes de los habitantes antiguos de Egipto, y han seguido profesando el cristianismo, á pesar de cuantas dominaciones musulmánicas se han sucedido en su pais. Tenian grandes riquezas procedentes de la recaudacion de las contribuciones que les habian encomendado los mamelucos, por lo cual no solamente pretendian los sublevados castigarlos como á amigos de los franceses, sino especialmente saquear sus casas. Por fortuna de los cophtos, el Barrio donde vivian formaba la parte izquierda de la plaza de Ezbekyeh, y se apoyaba en el cuartel general; y por otra parte su gefe que era rico y valiente, se defendió bien y logró salvarlos.

En medio de semejantes horrores Nassif-Pachá é Ibrahim-Bey, estaban avergonzados de lo que hacian ó dejaban de hacer, al ver perecer con sentimiento riquezas que debian, pertenecerles si al fin quedaban dueños de Egipto. Pero permitian todo á una plebe que no podian ya dominar y por otra parte querian por medio de estos asesinatos mantener siempre vivo su odio contra los franceses.

Entretanto llegó primero el general Friant que venia de Belbeis y luego el mismo Kléber.

Ambos entraron por los jardines de la casa del cuartel general. Kléber, aunque venia vencedor del ejército del visir, todavía tenia que salvar una gran dificultad; y esta era la de conquistar una ciudad inmensa con trescientos mil habitantes, la mayor parte sublevados, ocupada por veinte mil turcos, construida á la oriental, esto es, con calles por demás angostas, y cuyos edificios, eran verdaderas fortalezas. Estos edificios, recibiendo la luz por dentro y no presentando por fuera mas que altas paredes, tenian en lugar de techos, terrados desde donde hacian los insurgentes un fuego nutrido y mortífero. Agréguese á esto que los turcos eran dueños de toda la ciudad excepto de la ciudadela y la plaza de Ezbekyeh, la cual habian en cierto modo bloqueado, cerrando con tapias almenadas las calles que daban á ella.

Los franceses no podian emplear mas que dos medios de ataque: ó hacer desde lo alto de la ciudadela un fuego destructor de bombas y granadas hasta que la ciudad fuese sometida, ó desembocar por la plaza de Ezbekyeh destruyendo todos los parapetos construidos á la entrada de las calles, y tomando por asalto y uno á uno todos los barrios. Pero el primer medio podia causar la destruccion de una gran ciudad, que era la capital del país, y de la cual se tenia necesidad para vivir: el segundo esponia á perder mas soldados que habrian podido costar diez batallas como la de Heliópolis.

Mostró entonces Kléber á la sazón tanta prudencia, como energia acababa de desplegar en los combates, pues se habia resuelto á ganar tiempo y á dejar á la insurreccion cansarse por si misma.

Habia enviado al bajo Egipto casi todo su material de guerra, creyendo próximo el momento del embarque. Mando á Reynier, que no bien hubiese sido arrojado completamente el ejército del visir mas allá del desierto y recuperase á Damietta y Lesbeh, volviera á subir el Nilo con toda su division y las municiones que fuesen necesarias en el Cairo. Entretanto hizo bloquear todas las salidas por las cuales se comunicaba la ciudad con la parte de afuera. Aun cuando los sublevados se hubiesen proporcionado viveres con el saqueo de las casas de los egipcios, que estaban generalmente llenas de provisiones; aun cuando hubiesen hecho balas de cañon y fundido cañones, era imposible que al fin no se dejase sentir entre ellos el hambre. Por otra parte, al cabo tendrian que desengañarse en punto al estado general de las cosas en Egipto, sabiendo que los franceses estaban por todas partes victoriosos y disperso el ejército del visir: y finalmente, estando en contraposicion los intereses de unos y de otros, era imposible que dejasen de dividirse dentro de poco tiempo. Los turcos de Nassif-Pachá, los mamelucos de Ibrahim-Bey y el pueblo árabe del Cairo, no podian estar largo tiempo de acuerdo. Por todas estas razones creyó Kléber que debia temporizar y entrar en negociaciones.

Mientras que ganaba tiempo concluyó un tratado de alianza con Murad-Bey, valiéndose de la muger de este príncipe mameluco, la cual era en Egipto generalmente respetada, por su gran talento y mucha hermosura. Concedióle la provincia de Said sujeta á la soberania de la Francia y con condicion de pagar un tributo que represen-

taba una gran parte de las contribuciones de aquella provincia. Murad-Bey, se comprometió además, á pelear en favor de los franceses, y estos se comprometieron por su parte á facilitarle la ocupacion del Egipto, si alguna vez llegaban á retirarse. Murad-Bey, como veremos despues, observó fielmente el tratado que acababa de firmar, comenzando por alejar del alto Egipto á un cuerpo turco que le habia ocupado.

Favorecido por Murad-Bey y por los chaiques que eran en secreto amigos de la Francia, entabló en seguida negociaciones con los turcos que habian entrado en el Cairo. Nassif-Pachá é Ibrahim-Bey comenzaban ya á temer verse encerrados en la ciudad, y cogidos despues por los franceses, y tratados á la usanza turca. Sabian además que el ejército del visir se habia dispersado enteramente, y por lo mismo se prestaron voluntariamente á entrar en negociaciones, y consintieron en una capitulacion que les permitia retirarse sanos y salvos. Pero en el momento mismo en que iba á concluirse la capitulacion, los sublevados del Cairo, que se veian entregados á la venganza de los franceses, cobraron tal espanto y furor, que hicieron romper las negociaciones, amenazaron degollar á los que trataban de abandonarlos, y hasta dieron dinero á los turcos para obligarlos á pelear. Por consiguiente para hacer efectiva la sumision de la ciudad, era indispensable un ataque á viva fuerza.

Reducido ya otra vez á sujecion el bajo Egipto, vino Reynier al Cairo con sus tropas y un convoy de municiones, comenzando por poner sitio á una parte de la ciudad desde norte á levante,

esto es, desde el fuerte Camin hasta la ciudadela, y el general Friant se acampó hácia el poniente en los jardines de la casa del cuartel general, entre la ciudad y el Nilo; situándose la caballeria de Leclerc entre las divisiones de Reynier y Friant con objeto de reconocer el campo; y ocupando la parte del sur el general Verdier.

El 3 y el 4 de abril (13 y 14 de germinal) dió el primer ataque un destacamento del general Friant; con el objeto de despejar la plaza de Ezbekyeh, que era nuestra principal salida. Empezó esta operacion por el Barrio cophto que estaba á la izquierda de la misma plaza. Penetraron las tropas con el mayor arrojo en las calles que atravesaban este barrio en varias direcciones, mientras otros destacamentos derribaban varias casas que estaban al rededor de la plaza de Ezbekyeh para abrirse entrada al interior de la ciudad. Entretanto la ciudadela disparaba algunas bombas para intimidar á la poblacion. Estos ataques tuvieron buen éxito y nos hicieron dueños de la entrada de las calles que daban á la plaza de Ezbekyeh. En los dias siguientes se tomó una eminencia situada cerca del fuerte de Solkouski, que habian fortificado los turcos, y dominaba el Barrio cophto. De esta manera llegó á estar todo dispuesto para un ataque general y simultáneo. Antes de dar este ataque Kléber hizo á los insurgentes la última intimacion, que fué rechazada por ellos. Kléber que no queria hacer pagar á la ciudad inocente la culpa de algunos cuantos fanáticos, trató primero de hablar á los ojos por medio de un ejemplo terrible atacando á Boulaq, arrabal separado del Cairo sobre las orillas del Nilo.